

Conrado (Juan Evangelista) Birndorfer de Parzham, Santo

Santoral / Santoral

Por: Prudencio de Salvatierra, o.f.m.cap. | Fuente: Franciscanos.org

Religioso Capuchino. Martirologio Romano: En Altting, en la regi alemana de Baviera, san Conrado de Parzham (Juan) Birndorfer, religioso de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, que durante m de cuarenta as ejerci el humilde oficio de portero, siempre generoso con los pobres, y que nunca dejaba marchar a un menesteroso sin haberle ofrecido una ayuda cristiana con sus amables palabras (1891).

Etimologicamente: Conrado = Aquel que da consejos inteligentes, es de origen germico. Hermano religioso que naci en Parzham (Alemania), de padres labradores, y, despu de una juventud ejemplar, profesen la Orden capuchina en 1842. Durante cuarenta y tres as ejerci el oficio de portero en el convento de Altting (Baviera), cebre santuario mariano, dando a todos ejemplo de oraci, caridad activa y paciencia. Lo canoniz P XI en 1934.

Este admirable santo capuchino es, como quien dice, de ayer. El autor de estas leas recuerda que el d en que fray Conrado fue beatificado, 15 de junio de 1930, tuvo la dicha de comentar sus virtudes en compaa de un anciano misionero de la Araucan (Chile), que vivivarios as en el mismo convento en que nuestro santo era portero. Su figura tiene toda la frescura de las flores reci cortadas; sus ejemplos son de una actualidad que debe hacernos mucho bien, y esa actualidad ade un nuevo encanto a la vida ejemplar de este santo capuchino.

A nadie se le habr ocurrido pensar jam que la porter de un convento pueda ser campo propicio para grandes hazas, ni pedestal apropiado para conseguir la inmortalidad. Una puerta y una campana, y junto a ellas un hombre sin literatura y sin armas, un hombre que va envejeciendo poco a poco, con una tenue sonrisa en los labios, que no grita, ni escribe, ni pronuncia discursos, que casi no habla, que se mueve pausadamente atendiendo a los innumerables llamados de los que llegan al convento. te es el hombre, famoso hoy en todo el mundo, y e fue el escenario donde se deslitzoda su vida, recogida y silenciosa.

Debo confesar que los capuchinos fuimos los primeros en sorprendernos al escuchar las maravillas y portentos que se contaban de aquel humilde hermanito lego que pertenecia nuestra numerosa familia; los primeros en asombrarnos ante los ridos procesos de beatificaci y canonizaci de aquel religioso que muri hace pocos as, dejando en los libros de su convento apenas un nombre, desprovisto, al parecer, de todo relieve y de toda gloria.

Cuando comenza hablarse de fray Conrado, viose al punto que no era uno de tantos, uno m entre esos buenos religiosos que viven y mueren en nuestra compaa, dedicados al silencio y a la oraci. La figura del portero de Altting empeza crecer victoriosa, se agigantcon el estudio minucioso de sus virtudes; y entonces caos en la cuenta de que realmente nos encontramos ante un hombre extraordinario, ante un prodigioso santo, digno de figurar entre las almas m puras y perfectas de la Orden Serica.

Los milagros que siguieron a estos comienzos de gloria vinieron a demostrarnos que Dios quer fijar la atenci del mundo moderno en este religioso de nuestros ds, confundiendo la soberbia de los grandes, caldeando la frialdad de los tibios, ensendo a todos de manera admirable los rumbos olvidados de la perfecci cristiana.

La vida de este santo moderno es, adem, para nosotros los capuchinos, una garant de que el primitivo y austero espitu de nuestra Orden se conserva en su prtino vigor, de que es posible la perfecci en todos los siglos, si seguimos los excelsos caminos trillados por nuestros mayores.

Hay tambi otra lecci para todos los cristianos en la vida sencilla de San Conrado; y es que la santidad no consiste en obras extraordinarias, ni en penitencias asombrosas, ni en oraciones exticas, sino en la simple y pura observancia de los deberes propios de cada uno, bajo el impulso de la gracia y del amor a Dios.

Fray Conrado naci en 1818 en la peque aldea de Parzham (Baviera), de padres cristianos. Bartolom Birndorfer y Gertrudis Niedermaier, labradores acomodados, eran el tipo de esos fornidos campesinos alemanes que saben unir la piedad con el trabajo, el tes con la dulzura.

Cuando nac un hijo en aquel hogar, no se permit a los dem hermanos acercarse a para darle el beso de la fraternidad, antes de que fuese bautizado. Juan, nuestro santo, fue hecho cristiano el mismo d de su nacimiento; despu de la ceremonia, llam Gertrudis a sus ocho hijos, y, presentndoles al nuevo vtgo, les dijo: Ahora s abrazadle, besadle... Juanito es un gel, un amigo de Dios.

La vida de esta familia es un modelo de honradez y de poes cristiana. Rezan todos juntos, y de rodillas, el gelus y el rosario, cuenta un testigo; se fomenta la devoci a la Virgen; se narran las historias del Antiguo y Nuevo Testamento, que tanto agradan a los nis; se vive una vida de paz inalterable; de suerte que un anciano que estuvo muchos as al servicio de aquella casa ha podido decir al fin de sus ds: En la casa de los Birndorfer la vida era un idilio sagrado y patriarcal.

Una persona que conoci por aquellos ds al peque Juan, ha dicho: Le gustaba orar y o hablar de Dios.

Es fil imaginarse al piadoso ni, sentado en su sillita baja, al amor de la lumbre, escuchando atentamente las ensenzas de sus padres... Los ojos, iluminados por el fuego y embellecidos por la inocencia, mirarn fijos y candorosos, ora al padre, ora a la madre, sin perder una tilde de tan preciosas lecciones. Su coraz sentir crecer las santas emociones del amor divino, los nobles deseos de la santidad, el horror a todo pecado, la simpat por la virtud. Un d, le llamar la atenci la vida de un santo, se entusiasmar con algn ejemplo de penitencia o de oraci, y se recoger interiormente para decirse con firme esperanza: Asseryo.

Su madre, vidole tan atento, le hac con frecuencia esta pregunta: Juan, quieres amar a Dios?; y contestaba con ansia: Mam enseme usted co debo amarle con todas mis fuerzas.

El proco del pueblo empeza interesarse vivamente por aquel ni que, a los seis as, sab el catecismo y hablaba de las verdades religiosas con la seriedad de un hombrecito, y cuya conducta angelical era un modelo precioso para todos. Entre sus comparos de estudio o de juego, la presencia de Juanito Birndorfer era el m eficaz de los sermones; en la escuela, en la calle o en el templo, el peque era ya considerado como un futuro santo. Un d, uno de sus comparos de juego lanzcolico una blasfemia contra Dios y la Virgen. Juan palideci repentinamente como herido por un rayo, las lagrimas saltaron de sus ojos, y cayde rodillas implorando misericordia para el blasfemo.

Segn iba creciendo en edad, se confirmaba en el espitu de recogimiento y de oraci, que ser m tarde el alimento preferido de su vida religiosa. Todas las criaturas le hablaban de Dios y le impulsaban al amor y a la alabanza del Creador: el espitu de San Francisco de As, eminentemente poico, entraba pleno de encantos en aquel coraz sensible e inocente.

Hasta los catorce as, la vida del joven fue una sucesi continua de las m puras alegrs y de apacibles goces familiares; pero muy pronto la mano de Dios quiso probarle tambi en el pero camino del dolor. Bartolomy Gertrudis murieron santamente, dejando a sus diez hijos el recuerdo de las m altas virtudes. Las lrimas de la resignaci vinieron a ser el bsamo cristiano de aquella familia hufana. Y la paz sigui inalterable, presidiendo la vida de todos, gracias a la influencia y exquisito tacto de Juan a quien todos sus hermanos, a pesar de sus pocos as, obedecn y respetaban como a jefe moral y representante perfecto de las virtudes de los padres difuntos. Los hermanos Birndorfer -dice un testigo- eran muy piadosos y devotos; y, aunque ricos, sin ambiciones y enemigos de todo lujo. Se acercaban con frecuencia a los sacramentos; y en la casa, tanto los amos como los criados, parecen tener un solo coraz y una sola alma.

Nuestro santo sigui practicando cada d con mayor perfecci el programa que inicien sus primeros as: trabajo, obediencia a los mayores, soledad y oraci en todos los momentos libres. Si el d no fue propicio para la vida del espitu, aprovecha la noche para sus oraciones y penitencias. Un d, su hermana Teresa entren el dormitorio de Juan y vio que la cama estaba perfectamente arreglada. Qute pasa? -pregunt solita a su hermano-. Por quno te has acostado esta noche?. Y crees t -le contest sonriente- que no shacer la cama tan bien como cualquiera?. Desde aquel d, para evitar sospechas, desarregla el lecho con tal arte, que nadie nota ya sus vigiliass y oraciones nocturnas.

Un amor va creciendo pujante en su alma: es el amor a la Madre de Dios, cuyo santuario de Altting, famoso en Alemania, atrae su coraz con fuerza irresistible. En las frecuentes visitas que hace a su Sera, le parece que una voz sale de la imagen y le invita con cariso acento: Quate aqu tu es tu casa.

Tambi le encanta la vida admirable del Patriarca de As; y para imitar sus virtudes, se hace hijo y disculo suyo, inscribiendose en la Orden Tercera de Penitencia, hoy llamada tambi Orden Franciscana Seglar.

Pero una inquietud interna le insta a mayores alturas, siente algo extra, parecido a un llamamiento de Dios; el mundo le hast, las riquezas le repugnan, los peligros le amedrentan. Es la vocaci religiosa que no le dejarsosegar hasta conseguir su total renuncia a la tierra para vivir en el cielo.

Consulta con su confesor, pide a la Virgen de Altting que le muestre claramente la voluntad del Ser, redobla las plegarias y las mortificaciones, y un d su director espiritual le dice sin rodeos: Dios te quiere capuchino. En pocos ds sus actividades se orientan en derredor de esa nica idea: reparte sus cuantiosos bienes entre los pobres y la parroquia, se presenta al Provincial de los capuchinos y se fija el d de su ingreso en el convento. Vuelve a su casa, rene a todos los miembros de la familia y les da la gran noticia con la alegr de un triunfador. Uno de sus sobrinitos recordar despu de sesenta as, aquella emocionante escena de renunciamiento y de firmeza espiritual, entre las lrimas de toda la familia.

Juan Birndorfer toma el hito capuchino en el convento de Laufen, a los treinta y tres as de edad, el d 17 de septiembre de 1851, fiesta de las llagas de San Francisco, y recibe su nuevo nombre: Conrado de Parzham.

Desde ese d hasta el momento de la muerte, los cuarenta y tres as de la vida religiosa de este hermano lego son, a nuestros ojos, de una monoton desconcertante; en todo ese tiempo no hay un suceso que pueda llamar nuestra atenci, nada que merezca los honores de un comentario. Pero, a los ojos del espitu y de la fe, el alma de fray Conrado era como el uila que ha emprendido su vuelo y que no lo terminarni descansarhasta llegar a la cima de la m excelsa perfecci.

El padre Maestro de novicios le somete a duras pruebas de obediencia, a humillaciones y trabajos; le hace pasar, delante de la comunidad, como hiprita y presuntuoso, y hasta llega a negarle la sagrada Comuni... Fray Conrado recibe las reprimendas mejor que si fueran elogios, y aun le parece que el padre Maestro se queda corto en los castigos. Qupensabas? -se dice a smismo-; cres que ibas a recibir caricias como los nis?.

No ser exacta la frase si dijamos que la oraci del nuevo religioso era frecuente; supo armonizar con tal arte el trabajo y la meditaci, su vida interior era tan intensa, que es m propio asegurar que su oraci durlo mismo que su vida, sin interrupciones de ninguna clase. Esto es lo que se deduce de los testimonios de religiosos que vivieron muchos as con fray Conrado, y eso es lo que mismo dice en un cuadernito de apuntes que escribidurante el noviciado y que cumplifielmente hasta el ltimo suspiro: Adquirirla costumbre de estar siempre en la presencia de Dios. Observarriguroso silencio en cuanto me sea posible. Asme preserve de muchos defectos, para entretenerme mejor en coloquios con mi Dios.

Apenas hecha la profesi religiosa, sus superiores le dieron una grata noticia: deberir de portero al convento de Santa Ana de Altting, a pocos metros del cebre santuario de su querida Virgen. Y fray Conrado, lleno de gozo, se instala en aquella porter que no hab de abandonar en toda su larga existencia.

La porter de Altting es quizuna de las m importantes y movidas de los conventos capuchinos. Miles de peregrinos acuden sin cesar al devoto santuario. Ordinariamente, el cargo de portero se conf a religiosos maduros, de tacto exquisito, de sida piedad y de paciencia inalterable. Los superiores de fray Conrado vieron en al portero ideal, y la experiencia demostrcon creces el acierto de aquella elecci.

Ascomo otros se han santificado en el vasto terreno de un apostolado multiforme, nuestro santo comenza santificarse en el reducido espacio alrededor de la puerta de un convento. El Sumo Pontice P XI, en la homil de la canonizaci de San Conrado, sintetiztoda su vida aplicdole las palabras que los campesinos de Judea decn de Jesucristo: Todo lo hizo bien.

El humilde lego se convence que, en su oficio, cabn todas las virtudes cristianas y toda la perfecci religiosa; y desde el primer momento se esforzpor poner en prtica su precioso programa.

El fundamento de todos sus esfuerzos, el secreto del admirable dominio del espitu, fue una oraci incesante y ardorosa: era el hombre que viv arrobado en el cielo, el seraf que cada d se inflamaba m en el amor de Dios, el paje fiel de la Reina de los geles, la lpara siempre encendida del Sagrario. Es necesaria la gran habilidad de los santos para saber conservar tan hondo recogimiento en medio del ajetreo mareador de una porter como aqua. La campanilla de la puerta -dice un escritor- estaba en movimiento todo el d; ya eran los religiosos que iban a sus trabajos o regresaban del ministerio; ya los peregrinos que a centenares encargaban misas, o pedn que se les bendijera algn objeto piadoso; ya los fieles que llamaban a algn padre para confesarse o pedir consejo; ya los numerosos pobres que a cada instante llegaban a pedir pan, comida o vestidos. Fray Conrado se asustlos primeros ds, creyendo que su espitu naufragar en el vaiv incesante de la puerta que se abr y cerraba sin descanso. Miraba la quietud de la noche como un puerto seguro, y aprovechaba las horas del sue y de la soledad para postrarse en un rinc de la iglesia, y allse entretien largo rato en coloquios con su Dios, caldeando el espitu en la hoguera del amor divino, fuente de consuelos y de energs para su alma. Muy pronto, el miedo de la porter y de sus trajines se trocen un sabroso placer; el sonido de la campana fue para el portero como la voz de Cristo, las peticiones de los visitantes eran acogidas con una sonrisa de cari, las idas y venidas

por el claustro eran una oraci ferviente que llegaba a las efusiones del tasis.

Fray Conrado hab hallado, adem, un tesoro escondido; junto a la puerta encontruna celdilla peque y oscura, oculta debajo de la escalera, rinc que nadie habitaba y que era conocido con el nombre de celda de San Alejo. El coraz de fray Conrado saltde gozo al fijarse en la nica ventanita que ten aquel cuchitril: daba precisamente a la iglesia, y desde allpodr ver, siempre que lo quisiera, su amado Sagrario. El santo portero bendijo a Dios por el hallazgo inesperado, subia la celda del padre Guardi y le rogcon infantil insistencia que le permitiera habitar en la celda de San Alejo. Fray Conrado no la hubiera cambiado por nada del mundo; desde entonces ser el nido de sus amores, su cielo en la tierra. Al encerrarse en su rinc todos los momentos libres, nadie notar sus fervores, sus plegarias, sus penitencias; allpodr dar rienda suelta a todas las efusiones de su coraz; y cuando suene la campana, saldrsin meter ruido, y estaren la porter antes que puedan impacientarse los visitantes. Qupoco necesita fray Conrado para estar contento! Co se puede encontrar el parao debajo de una escalera!

La vida del santo portero, durante los cuarenta as de permanencia en Altting, estuvo sujeta a un horario jam alterado. A las tres de la mana, baja a la iglesia, hace una larga oraci, prepara la sacrist, adorna los altares, ayuda las primeras misas en el santuario de Mar, mientras el hermano sacrist, enfermo y anciano, puede gozar de un poco de reposo. En la primera misa, fray Conrado comulga todos los ds con la compostura y el fervor de un seraf; los superiores, en atenci a su angelical pureza y a los evidentes frutos que sacaba del banquete eucaritico, le concedieron esa gracia, a pesar de que la comuni diaria era entonces un caso excepcional.

Uno de los m grandes amores del santo portero era la devoci a Jess Crucificado. El crucifijo es mi libro -dec-; una mirada a la cruz me ense en cada momento el modo de portarme. Cuando fray Conrado hac el V-crucis, las lrimas saltaban de sus ojos, y parec no poder apartarse de las distintas estaciones; no menos de una hora empleaba en ese piadoso ejercicio, sacando de aquella humildad y mansedumbre que eran sus rasgos m caracteriticos y visibles. La vida penitente de nuestro santo tuvo en la cruz su origen, su sost y su poes.

La devoci a la Virgen Mar es otro delicado matiz de esta alma llena de perfecciones. Desde los primeros as de su vida aprendi de labios de su santa madre, el amor a Mar. La edad no hizo sino robustecer y hermostear esta devoci. En el convento de Altting es el portero de la Virgen, el celoso propagador de su culto, el aptol de sus bondades y el juglar enamorado de la Reina de los cielos. Los que llamaban a la puerta, ya sabn que las primeras palabras de fray Conrado sern un saludo cort mezclado con una invitaci al amor de Jess y Mar. En la celda de San Alejo rezaba diariamente el oficio parvo de la Virgen y la corona de la Inmaculada, le libros que trataban de sus virtudes y de sus glorias, meditaba en sus perfecciones, dirig frecuentes miradas hacia el altar de su Reina.

Un estudiante de Neutting cuenta el caso siguiente: Un d observco el ardor de su devoci a Mar se manifestaba de una manera visible y prodigiosa. Globos resplandecientes, como de fuego, saln de sus labios y subn hasta la imagen de la Madre de Dios. Despu presencimuchas veces el mismo feneno. Otras muchas personas fueron testigos de parecido espectulo. No era un secreto para nadie que el portero de los capuchinos de Altting estaba enamorado de su celestial Sera.

La mansedumbre y la caridad de fray Conrado se hicieron proverbiales en toda la comarca. Las pruebas m crueles llovn sobre ; pero jam se le vio perder un omo de aquellas virtudes. Hab en la vecindad una pobre mujer, medio demente, que, durante m de veinte as, molestal santo portero con impertinencias e insultos de la m baja dole. Fray Conrado le daba todos los ds lo mejor de sus limosnas, recib las palabras de la loca con una sonrisa de indulgencia, y siempre ten para ella una frase de piedad y de simpat.

Una vez, despu de haber repartido a numerosos pobres todo lo que ten a su alcance, se presentun pordiosero de feroz catadura. Fray Conrado, compadecido de su aspecto miserable, le dijo amablemente: Voy a ver si encuentro algo para ti. Y a los pocos minutos regrese la cocina con un plato de sopa, humeante y apetitosa. El mendigo prueba con avidez la primera cucharada, pero no la encuentra a su gusto. Levanta el plato en sus manos y, en un arrebat de ira, lo lanza al suelo gritando fuera de s Cetela t si quieres, frail. Fray Conrado, sin turbarse, se arrodilla tranquilamente, recoge los trozos del plato y dice al iracundo mendigo: No te gusta? Espame un instante; voy a traerte otra cosa mejor. Y en efecto, vuelve a la cocina y regresa ridamente con otro alimento m sabroso.

Otras veces, los nis abusan de su paciencia heroica. Llamen a la puerta, y se esconden en cuanto ven que el portero aparece. Al minuto, otra llamada y otro chasco; y asmuchas veces, sin conseguir que fray Conrado pierda por un momento su admirable mansedumbre.

Desde la ventanita de su porter, fray Conrado ejecutaba un apostolado intenso y variado, cuyos frutos se recogn en abundancia por todas partes. En una ocasi, un Padre vio en la iglesia a un joven con todo el aspecto de un criminal, pero de un criminal arrepentido, porque estaba llorando amargamente y sin consuelo. El Padre le pregunt Por qulloras? Y el joven, avergonzado y tembloroso, le contest Porque soy el mayor pecador del mundo. Pero quiero confesarme y enmendarme. He ido a pedir un pedazo de pan a fray Conrado, y al darme la limosna ha fijado en msu dulce mirada con tal insistencia y con tan elocuente reproche, que me ha conmovido y quiero cambiar de vida. Quiero que fray Conrado pueda mirarme de otro modo.

Otro d, el portero comenza reprender a una joven vestida con poca decencia, y adiproficamente: Serita, vtase mejor, que ese traje que lleva es indigno de una futura monja. La muchacha, algunos as m tarde, fue una religiosa ejemplar.

Otras veces rene junto a la puerta a varios granujillas y, adivinando su ignorancia religiosa, les ense pacientemente todo el catecismo y les prepara para la primera comuni.

Pero su apostolado irresistible es el del ejemplo de todas las virtudes. Una sera que le conociescribe: La venerable figura de fray Conrado esttodav vivamente impresa en mi memoria. Recuerdo hasta el presente su modo de presentarse en la porter, con los ojos bajos, la cabeza inclinada, con el rosario o el crucifijo en la mano y moviendo los labios que no cesaban de rezar.

Quienquiera que lo ve -escribe un sacerdote amigo de nuestro santo-, se sent lleno de veneraci hacia y movido a imitarle. Por su rostro se adivinaba la uni tima de su coraz con Dios, y se ten la impresi de hallarse ante un santo.

Los vagabundos y mendigos llegaban a sentir tal emoci ante , que muchos de ellos acabaron por hacerse religiosos, movidos por la santidad de fray Conrado, que era el mejor amigo de los pobres, su consuelo, su maestro y su padre.

So parec ignorar sus mitos y virtudes, cuya fama empezaba a divulgarse por toda Alemania; la humildad le hac creerse el m grande de los pecadores. Cuando alguien le ped el auxilio y valimiento de sus oraciones, el humilde portero sol decir con deliciosa ingenuidad: Pedirme oraciones a m Ya se ve que usted no me conoce. De todos modos, lo mejor serque nos encomendemos mutuamente. El padre Victricio, Provincial de Baviera, hombre de eminente virtud, a quien esperamos ver pronto en los altares, un d alabcalurosamente la virtud de fray Conrado en presencia de varios religiosos. El buen hermanito, confuso ante aquellos elogios, rompien amargo llanto y exclamlleno de vergenza: Quocurrencias tienen los santos!, atribuyendo a una desmesurada bondad del padre Victricio aquellas alabanzas, que le doln m que los vituperios.

Los dones sobrenaturales de profec y adivinaci con que Dios favorecia fray Conrado, dieron a veces a los religiosos del convento sorpresas desagradables. Un Padre, que deb predicar un serm de mucho compromiso, se retirpara preparar m tranquilamente su trabajo. Crese libre

de toda molestia, escondido en lo más alto de la torre, y empieza repasar su sermón. A los pocos minutos, siente la voz del santo portero, que le llama desde la escalera y le dice que una persona le espera en el confesonario.

Terminemos este rido bosquejo de la vida de San Conrado con algunas frases expresivas de su propia pluma. Son trozos de sus cartas y de sus apuntes espirituales, que afortunadamente se conservan como preciosas reliquias. Mi vida -escribe- consiste en amar y padecer. En el amor de mi Dios no hallo nunca lite, y no hay cosa en el mundo que me sea obstáculo para ese amor. Me encuentro unido con mi Amado mucho más de lo que puede expresarse con palabras; y las mismas ocupaciones, que son múltiples, no tienen otro efecto que estrecharme más y más a Él. Le hablo con toda confianza, como un niño a su padre.... Me asalta el temor -dice en una carta- de no amar a Dios, yo, que quisiera ser un serafín de amor e invitar a todas las criaturas para que me ayudasen a amar a mi Dios! Voy a terminar, porque esto va demasiado largo. El amor no conoce lites.

Así con esa sencillez encantadora y con esos arrebatos que parecen copiados de una eptola de San Pablo, expresaba el santo portero sus anhelos de toda la vida. Y en esa atmósfera de amor divino vivió hasta que su corazón dejó palpitarse en la tierra.

Fray Conrado fue haciéndose viejo sin sentirlo. Llegó los setenta y seis años con las mismas aspiraciones de la juventud. Su barba blanca y sus cabellos canos eran ya una aureola de madurez y de candor. Un día, después de comulgar con inusitados transportes de fervor, sintió el llamamiento del cielo. Las piernas se niegan a sostenerle en la tierra. Apoyado en su bastón, con el aliento entrecortado, llama a la puerta del padre Guardi y le dice: Padre, ya no puedo más.

Tres días de lenta agonía; nuevos incendios de amor al recibir los últimos sacramentos; el amor a su Dios, como una llanita temblorosa, en los ojos, en los labios, en el corazón. La lámpara del sagrario aletea moribunda... De repente, suena la campana de la portería y vuelve a sonar. El portero suplente debe de estar ocupado; no hay nadie que acuda al imperioso sonido que llega a los oídos del enfermo. Fray Conrado se levanta, toma una vela en la mano, requiere su bastón y sale por el claustro apoyándose en la pared. Un joven religioso que le vio a punto de caer pudo convencerle de su temeridad y le ayuda acostarse.

El día 21 de abril de 1894, día dedicado a la Virgen, mientras la campana de la torre tocaba el gélus, fray Conrado, el portero de Mar, se durmió plácidamente, para despertar junto a su querida Reina. Uno de los presentes, viendo su última mirada de felicidad, exclamó: La Santísima Virgen, sin duda, ha venido a llevar al cielo el alma de fray Conrado.

Apenas el cader del humilde lego capuchino descansó en el sepulcro, la fama de sus virtudes traspasó los límites de su patria y llegó rápidamente hasta los últimos rincones del mundo. El milagro, sello que suele poner Dios a sus obras, vino también a glorificar la santidad del desconocido portero de Altting.

Dios quiso manifestar, con un elocuente prodigio, lo mucho que se había complacido con la devoción de fray Conrado a su Madre Santísima: el dedo anular de la mano izquierda, en el cual nuestro santo acostumbraba a sujetar el rosario, se conserva todavía sin corrupción.

Los procesos de beatificación y canonización se terminaron con gran rapidez: el 15 junio de 1930 fray Conrado fue beatificado y el 20 de mayo de 1934 canonizado: la Iglesia Católica proclamaba por boca de Pío XI la gloria de San Conrado de Parzham.